

Unamuno frente al lenguaje

Textos y comentarios de una historia ejemplar

Antonio Arbea G.

Unamuno muestra a lo largo de toda su vida una sostenida preocupación lingüística. Testimonio de esta afición suya son sus estudios universitarios y, en particular, su tesis doctoral sobre el vascuence, ejemplar por su rigor metodológico y por la orientación científica que da a un tema hasta entonces tratado ideológicamente. A los veintisiete años gana una cátedra de griego, y a los cuarenta, otra de filología hispano-latina. Escribió una numerosa cantidad de artículos, básicamente de divulgación científica, sobre temas lingüísticos; especialmente sobre el vascuense, en su juventud, y sobre la lengua española, en su madurez. El carácter doctrinal de ellos los hace particularmente valiosos como inspiración y escuela. En ellos y en sus cartas entrega Unamuno una concepción de la ciencia lingüística henchida de aliento filosófico y de vigor teórico.

UNA VOCACIÓN TEMPRANA

El recuerdo de familia más antiguo que Unamuno guardaba, curiosamente, era el de su padre hablando en francés con un francés. “Y de no recordarle sino en aquel momento”, escribe, “sentado en su butaca, hablando en un idioma para mí misterioso, deduzco cuán honda debió ser en mí la revelación del misterio del lenguaje. ¡Luego los hombres pueden entenderse de otro modo que como nos entendemos nosotros! Ya desde antes de mis seis años me hería la atención el misterio del lenguaje; ¡vocación de filólogo!”¹.

¹ *Recuerdos de niñez y de mocedad* (Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, S. A., Colección Austral N° 323, 1942, 1ª edición), p. 10.

* De su temprana sensibilidad frente al lenguaje nos habla también la evocación que hace del comienzo de su primer curso de latín en el Instituto de Vizcaya, el año escolar 1875-6, cuando recién contaba con once años. "A los pocos días de clase", refiere recordando a su profesor, un tal Don Santos Barrón, "sacó cierta mañana de bajo el levitón un cartel con las desinencias de las declinaciones, y fue grande mi emoción al verlo. Allí estaba la puerta de la antigüedad y la clave del misterio, en aquello de nominativo *a*, genitivo *ae*, etc."²

Haya o no proyección de adulto en estos recuerdos de niñez, lo cierto es que desde el momento mismo en que Unamuno puede elegir entre diversas opciones de escolaridad y determinarse vocacionalmente, no solamente jamás excluye de sus planes las asignaturas de carácter lingüístico y filológico, sino que aprovecha con rara avidez las ocasiones que se le presentan de ampliar y profundizar sus conocimientos en estas materias.

A los dieciséis años se traslada a Madrid para dar comienzo a sus estudios superiores, período en el que dará una considerable importancia al aprendizaje de lenguas. Mejora su latín, iniciándose a la par en griego, árabe, hebreo y sánscrito. Por esos años, además, recibe en el Ateneo sus primeras lecciones de alemán. Con el tiempo llegaría a conocer, en mayor o menor grado, dieciséis lenguas además del español: vascuence, francés, inglés, italiano, danés, portugués, gallego, catalán, mallorquín, griego moderno y las seis ya mencionadas. No pretendió por cierto hablar estas lenguas, por más que con algunas lo consiguiera: lo que sobre todo buscaba era llegar a conocer en su propio idioma ciertas obras extranjeras importantes para él. Tal es el caso, por citar quizás el más notable, de su estudio del danés para leer a Ibsen y a Kierkegaard.

Cierto es que muchas de esas obras no estaban aún entonces traducidas al español, no habiendo, por tanto, otro camino de acceso a ellas que el directo a sus originales; pero no era ésa la única ni la principal razón de tan gran esfuerzo, sino el hecho de que a Unamuno no se le ocultaban las limitaciones inevitables de una traducción. Pensaba que no se podía traducir sin desfigurar el pensamiento traducido ni matar su matiz propio. "En realidad", escribe en 1903, "nada hay perfectamente traducible, y esto lo sabemos bastante bien los que profesamos la enseñanza de alguna lengua. Apenas hay en dos lenguas diversas dos vocablos sinónimos, sobre todo si se refieren a términos abstractos, que tengan ni igual extensión ni igual

² *Idem*, p. 80-1.

comprensión: sus respectivos contenidos se expresan bien por dos círculos secantes entre sí que, teniendo campo común, conservan sendas secciones peculiares”³.

Y por el camino este de desconfiar de las traducciones y querer tener experiencias de primera mano con los textos, llegaría paradójicamente Unamuno a transformarse él mismo en un prolífico traductor. Ya a los veinte años había publicado versiones de obras inglesas; luego lo haría de alemanas, italianas, danesas, catalanas, griegas y latinas. Y es que, si bien sabía que las traducciones eran siempre sólo aproximaciones más o menos felices, consideraba que en este terreno podía también hacerse labor útil y hasta necesaria. Alguna vez dijo que los clásicos griegos y latinos contaban con versiones “muy buenas en las lenguas modernas, incluso en castellano”⁴, y que no había que exagerar la infidelidad de las traducciones. Y del Quijote en inglés expresó en otra ocasión que traducido “ganaba”⁵, pues mostraba matices que en español quedaban velados.

EL VASCUENCE

Pero donde Unamuno muestra ya claramente sus intereses filológicos es en la elección del tema de su tesis doctoral, trabajo que obtuvo la calificación de sobresaliente⁶. Allí se propuso señalar una dirección distinta en los estudios sobre la raza y la lengua vasca, estudios que hasta ese momento habían estado orientados más ideológica que científicamente. Quienes, como Larramendi, Erro, Asterloa, Moguel y otros habían escrito sobre la materia, “se proponían *a priori* mostrar las excelencias del vascuence, su remota antigüedad, su universalidad en España en tiempos lejanos, la pureza inmaculada de su

³ *Contra el purismo* (1903), *Ensayos*, I (Madrid: Aguilar, 1958, 4ª edición), p. 413. En esto, por lo demás, se afirmaba Unamuno para propiciar una sana y abierta conducta neologista, dejando de lado seudopurismos infecundos, pues si bien las lenguas son en rigor intraducibles, no son en modo alguno impenetrables: cabe entre ellas un fructuoso comercio en que las importaciones enriquecen de un modo privativo y económico a la lengua importadora. Sobre el particular, puede verse su ensayo *Sobre la lengua española* (1901), *Ensayos*, I, pp. 321-332.

⁴ *La cuestión del latín* (1907), *Obras completas*, VI (Madrid: Afrodisio Aguado, S. A., 1958), p. 742.

⁵ *Ramplonería* (1905), *Ensayos*, I, p. 690.

⁶ *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca*, *Obras completas*, VI, pp. 89-142. Es ésta la primera publicación de la tesis doctoral de Unamuno; para ella se utilizó el manuscrito que él mismo conservaba entre sus papeles, pues su redacción final se considera ya definitivamente perdida.

léxico, y sus trabajos llevan el carácter de todos los de tesis, en que se empieza por sentar una proposición *more scholastico* y se va luego en busca de pruebas con que apoyarla, en vez de recoger datos y ordenarlos para que ellos mismos obren unos sobre otros y nos den como viva resultante conclusiones”⁷.

En la mayor parte de sus escritos de filología o lingüística se preocupa Unamuno de insistir en esta línea de sello positivista formulando declaraciones de principios respecto a los métodos que deben presidir el trabajo del estudioso. Pero es sobre todo en sus escritos iniciales —como éste— donde, deslumbrado por las posibilidades que abría esta reciente ciencia filológica, se muestra más entusiasta y radical en sus opiniones. En la conducta pseudocientífica de los que hasta entonces habían escrito acerca del vascuence, veía la herencia nociva de la gramática general con su falta de rigor y su inconsciencia de estar ametódicamente operando en diversos niveles de análisis de modo simultáneo. “En la época en que se pretendía ajustar los hechos a las ideas y no éstas a aquéllos”, escribe a los veintinueve años, “y en que la ciencia ejercitaba más el ingenio sutil que el severo análisis, nació y creció como en rico terreno abonado la llamada gramática general, concepción estrecha e infecunda, cuando no centón de vanos cabildeos que de todo tenían menos de generales. Hoy que la corriente experimentalista lleva la ciencia Dios sabrá a dónde, crece y arraiga la filología, hija y heredera de la vieja gramática general; se acumulan hechos, y de ellos se deja deducir la ley. Estoy firmemente convencido de que nadie explicará un hecho mientras él no se deje explicar, de que el papel del hombre de ciencia debe ser más pasivo que activo, refrenar la imaginación y aguzar el análisis. Precisa recoger y ordenar cuantos más hechos sean posibles, que de ellos irá saliendo poquito a poco la ley (...). Entonces se decía que tal cosa debía ser de otro modo que como era porque no se ajustaba al tipo ideal, y lo cierto es que las cosas son como son, que la ciencia estudia lo que es y que el debe ser no tiene sentido más que en la práctica moral de la vida”⁸. En sus es-

⁷ Citado por Manuel GARCÍA BLANCO, *Prólogo* (1958) a Unamuno, *Obras completas*, VI, p. 23. Este excelente estudio de García Blanco lleva como apéndice la más completa bibliografía que he encontrado sobre la obra lingüística de Unamuno: a ella remito al lector interesado. Entre las obras que de ese elenco me fue posible consultar, *El ideario lingüístico de Miguel de Unamuno* me ha parecido, por muchas razones, la mejor; su autor es Fernando Huarte M.

⁸ *Del elemento alienígena en el idioma vasco* (1886), *Obras completas*, VI, p. 144. Por primera vez desde 1893 se reedita este importante artículo de Unamuno.

critos posteriores irá apareciendo cada vez más templada esta confianza casi absoluta en las posibilidades del método inductivo, confianza que más de una reserva puede suscitar en quienes cultivan disciplinas humanísticas. Aquello de que “el papel del hombre de ciencia debe ser más pasivo que activo” resulta bastante discutible hoy en día, por cierto; pero será el mismo Unamuno quien se encargará de matizar en trabajos posteriores afirmación tan extremosa. Con todo, ni siquiera en esta etapa juvenil, tan apegada a la ciencia, pudo el escrúpulo minucioso por lo particular ser obstáculo para su audacia de especulación teórica. Lo destacable, en cualquier caso, es que ya tempranamente Unamuno exhibe una conciencia lúcida sobre un problema tan delicado y decisivo —y siempre actual— de las disciplinas filológicas, como es la necesidad de un riguroso método que garantice el rango científico de las investigaciones.

Entre los veinte y los veinticinco años Unamuno publica una importante serie de trabajos dedicados al vascuence; con posterioridad se limitará a tratar el tema esporádicamente en artículos de circunstancia, donde sólo desplegará en uno u otro sentido aspectos ya desarrollados en los primeros⁹. El hecho es significativo, pues señala con claridad el camino que siguió en este período relativamente poco documentado de su vida. Todo parecía indicar, en efecto, que sus estudios sobre el vascuence iban a constituir el lugar privilegiado de su actividad futura, y quizás así habría sido de no mediar hechos sólo recientemente sacados a la luz por Manuel Llano Gorostiza¹⁰; en particular, el dato —hasta 1957 prácticamente ignorado— de que en 1888, a los veinticuatro años, postuló a la Cátedra de Vascuence creada por la Diputación de Vizcaya y fue injustamente aventajado en el concurso por un candidato de inferiores antecedentes académicos. Por qué ocurrió esto, fue ya señalado por el mismo Manuel Llano: “De don Miguel diremos que le perdió su afán de originalidad. Los diputados provinciales no podían votar a quien ya en

⁹ La mayoría de estos trabajos —veinticinco en total— se hallan incluidos en el capítulo I, *La raza y el vascuence*, del tomo VI de sus *Obras completas*, pp. 89-389. Por su valor como artículo de síntesis, conviene agregar a esta serie *La cuestión del vascuence* (1902), *Ensayos*, I, pp. 379-406.

¹⁰ Los días 6, 8, 9 y 10 de enero de 1957 publicó Manuel LLANO GOROSTIZA en *El Correo Español - El Pueblo Vasco* de Bilbao una serie de artículos titulados “Azcue, Unamuno, Arana Goiri y el vascuence”. Azcue y Arana Goiri fueron dos de los cuatro coautores de Unamuno en el concurso para proveer la Cátedra de vascuence; el primero de ellos fue quien la ganó. Afortunadamente Manuel GARCÍA BLANCO, *op cit.*, pp. 24-9, ha brindado difusión a estos artículos de Manuel Llano. De allí hemos obtenido nosotros la información.

1885 había proclamado la muerte del vascuence”¹¹. Pero para entender bien esta historia es preciso recordar algunas cosas.

“Es el pueblo vasco un pueblo que se va (...)”, escribía en su tesis doctoral, “pero que se va, no a anonadarse, sino a asimilarse, a perderse como el arroyo en las grandes corrientes del anchuroso río”¹². Un par de años más tarde agregaba: “El vascuence se va porque no puede resistir el choque, porque lucha desesperadamente por la existencia contra un idioma más fuerte (...). El día que el idioma se haya ido el pueblo agonizará; pero nada muere, todo se transforma, todo cobra nueva vida, y aunque el hombre maduro suspire a las veces por la niñez, la niñez no vuelve (...). Los latinos nos sacaron de la barbarie, ellos nos han civilizado, ellos nos arrastran consigo a fundirnos en la gran familia latina, hija del pueblo más grande, más robusto y más fecundo. Yo quiero mucho a mi pueblo vasco; pero hace mucho que dejé los entusiasmos románticos. La verdad puede más que la razón, decía Sófocles.”¹³. Su amor por el vascuence era buen amor, no el de aquellos que creyendo favorecerlo le mentían con elogios de grandeza. De cuánto le quiso, hay huella numerosa en sus escritos. Allí está, quizás en primer lugar, su entrañable artículo *El dialecto bilbaíno*¹⁴. Pero las cosas en su lugar: los hechos mostraban que el vascuence moría, y todos esos patrióticos esfuerzos de algunos por difundir su uso le parecían “algo así como los últimos cuidados que se prodigan al tísico para alargar su vida”¹⁵. Puerilidades nacionalistas, en fin.

Que el vascuence hubiera resistido al choque y roce con otros pueblos, pensaba Unamuno¹⁶, no desmentía en nada el hecho de que se estaba muriendo. Su sobrevivencia era producto de su muy *sui generis* estructura y del apartamiento geográfico de la comunidad que lo hablaba, circunstancias que lo hacían considerablemente refractario a las lenguas con que mantenía contactos. Si al pueblo vasco no le hubiese llegado la hora de entrar a la historia, de “dejar los pechos de la naturaleza por los encantos de la civilización”¹⁷, bien podría haber seguido con su lengua, que “todo idioma es el mejor para el pueblo que lo habla”¹⁸. Pero se acababa ya para los vascos

¹¹ Citado por M. GARCÍA BLANCO, *op. cit.*, p. 28.

¹² *Crítica del problema...*, *op. cit.*, p. 91.

¹³ *Del elemento alienígena...*, *op. cit.*, p. 167.

¹⁴ *El dialecto bilbaíno* (R.I.P.) (1886), *Obras completas*, VI, pp. 180-6.

¹⁵ *El diccionario vascongado de Novia de Salcedo* (1887), *Obras completas*, VI, p. 228.

¹⁶ Cf. *Más sobre el vascuence* (1886), *Obras completas*, VI, p. 175.

¹⁷ *Espíritu de la raza vasca* (1887), *Obras completas*, VI, p. 203.

¹⁸ *Más sobre el vascuence*, *op. cit.*, p. 176.

su "historia callada, hacia adentro, fuera del tablado de los pueblos teatrales"¹⁹.

El vascuence era la lengua de un pueblo de escasa cultura, lo cual sobre todo se echaba de ver en su pobreza de léxico indígena para expresar conceptos, incluso algunos de muy poca generalidad²⁰. Pero como "no se ha visto que un pueblo deje de tomar vocablos de otro de superior cultura con el cual se pone en contacto"²¹, se dio el vascuence a importar, del latín básicamente, esas palabras que tan bien envueltos traían los conceptos de que carecía. Indígenas eran, por ejemplo, las voces que designaban los diferentes colores, animales, árboles y plantas, pero de origen latino las que significaban 'color' (*coloriá*), 'animal' (*animaliá*), 'árbol' (*arbolíá*), 'planta' (*plantiá*). Lo temprano que debió de iniciarse este flujo nutricional se aprecia manifiestamente en la palabra *gauza* 'cosa', adopción del latín *causam* y no de su derivado español ya monoptongado *cosa*.

Igual pobreza de léxico indígena exhibía el vascuence para designar objetos espirituales o suprasensibles²². Del latín provenían, por ejemplo, las voces *demborá* 'tiempo', *bertute* 'virtud', *borontadé* 'voluntad', *izpiritu* 'espíritu', *animá* 'alma'. Y a este propósito hace Unamuno una observación en que muestra todo su talento y perspicacia de lingüista nato. "No deja de chocar", escribe, "que el nombre con que el vascuence llama al cuerpo, *gorputz*, derive del latín *corpus*, pero esto se explica. Toda idea presupone su contraria; no puede tenerse idea de lo finito como tal sin tenerla de lo infinito; la ley primordial del conocer es la ley de la oposición y la semejanza; así es que la idea de cuerpo se concibe como opuesta a la de alma, y donde no existe ésta no existe aquélla"²³. Todo conocimiento, en efecto, y por ende toda designación, se establecen sobre la base de la distinción, de la oposición; de este modo, un objeto se perfila gnosológicamente y recibe nombre no tanto en virtud de sus componentes mismos, cuanto de la distinción entre ellos y los de los demás objetos.

¹⁹ *Recuerdos de niñez...*, p. 149. Su fecundo concepto de intrahistoria —cf. especialmente *La tradición eterna*, III, *En torno al casticismo*— parece deberle mucho justamente a la observación de su propio pueblo vasco, en especial, probablemente, a la que de él hiciera durante sus años de universidad en Madrid, a la distancia, que "el hombre no reflexiona en lo propio sino al ponerlo en parangón con lo ajeno" (*La enseñanza del latín en España*, Ensayos, I, p. 143).

²⁰ Cf. *Del elemento alienígena...*, *op. cit.*, pp. 155-6.

²¹ *Idem*, p. 150.

²² Cf. *idem*, pp. 152-5.

²³ *Idem*, pp. 154-5.

Pero si la pobreza de léxico es a fin de cuentas un problema que las lenguas remedian con el sencillo expediente de la exportación, no son, en cambio, ellas igualmente permeables en sus niveles morfológico y sintáctico. La compleja morfosintaxis del vascuence era sí una valla insalvable para que se convirtiera en lengua de comercio cultural; en la lucha por conseguirlo, inevitablemente había de caer frente a lenguas de estructura y funcionamiento más económicos.

Hacia ya bastante tiempo que Unamuno había abandonado su preocupación por el vascuence cuando volvió, no sin espectacularidad, al espinoso tema este de su agonía. Fue en el famoso discurso que pronunció en Bilbao con ocasión de los Juegos Florales celebrados el 26 de agosto de 1901. “No temáis perder la personalidad étnica”, exhortaba entonces a sus paisanos, “no fructifica la simiente sino reviviendo en la tierra. Un pueblo que en otro se vierte, se agranda; no muere, resucita. Dad vuestro oro sin importaros el cuño. A la gran aleación española primero, a la humana después, llevaremos nuestro metal (. . .). Las murallas chinescas, materiales o espirituales, totales o parciales, son de pueblos que han perdido la fe en sí mismos (. . .). La mejor lengua es la propia, como es la mejor piel la que uno se ha hecho; pero hay para muchos pueblos, como para otros organismos, épocas de muda. En ella estamos. En el milenario eusquera no cabe el pensamiento moderno; Bilbao, hablando vascuence, es un contrasentido (. . .). Tenemos que olvidarlo e irrumpir en el castellano, contribuyendo a hacer de él, como de núcleo germinal, el español o hispanoamericano, sin admitir monopolios casticistas, que no es un idioma feudo de heredad. Le llevaremos nuestra peculiar manera de decir, algo elíptica, cortante, angulosa y seca; algo hemos de aportar al castizo decir castellano, de amplios pliegues de capa en que el caballero se emboza, dejándola flotar al viento (. . .). Nuestra alma es más grande ya que su vestido secular; el vascuence nos viene ya estrecho; y como su material y tejido no se prestan a ensancharse, rompámosle. Hay, además, una ley de economía, y es que nos cuesta menos esfuerzo aprender el castellano que transformar el vascuence, que es un instrumento sobrado complicado y muy lejos de la sencillez y sobriedad de medios de los idiomas analíticos. Y no digáis que no será nuestro pensamiento verdaderamente nuestro, si en lengua que no sea la nuestra lo expresamos. Apropiémonosle, y nuestro, a la vez que de ellos, será el castellano y más comunicable pensar”²⁴.

²⁴ *Obras completas*, VI, pp. 332-6.

Sabemos de las consecuencias que este discurso acarreó: en el teatro de Bilbao hubo hasta escenas de pugilato. “¡A Salamanca, a Salamanca!”, le gritaban algunos a Unamuno, que debió interrumpir su lectura por cinco veces. De esos desafortunados dirá luego en la prensa Ramiro de Maeztu que tenían “estrecho su estómago intelectual, acostumbrado a recibir papilla, y que por eso rechazaron el discurso, alimento sobrado fuerte para sus facultades digestivas”²⁵.

No fue, pues, su “afán de originalidad” —como afirma Manuel Llano— lo que perdió a Unamuno en su concurso a la Cátedra de Vascuence. Es cierto que más de algo de pertinacia vasca hubo siempre en lo que hizo y dijo; pero en lo concerniente a sus opiniones sobre el vascuence, el tiempo ha venido a darle la razón en todo. Lo que en verdad lo perdió fue la cortedad de vista de los jurados, que no fueron capaces de entender su sana y justa doctrina filológica. Y si la entendieron, no tuvieron el valor de favorecer con su defensa y voto a quien merecía lejos el cargo que se concursaba. En una carta fechada poco después de aquel certamen, escribía Unamuno a un filólogo amigo residente en Berlín: “Hay aquí en Bilbao (...) una vasta asociación de aplanamiento que hace la guerra cruel a quien no canta a coro en este charco de ranas”²⁶. Es muy probable que haya estado entonces pensando precisamente en quienes con su incomprendible veredicto lo marginaron de la Cátedra de Vascuence. Por esta fecha, pues, declina su interés por el vasco, y lo que prometía ser ya su definitiva especialización no será en adelante sino materia de ocasional preocupación.

No es del caso exponer aquí el curso y los resultados de sus investigaciones sobre el vascuence, sino solamente mostrar la rectitud de orientación que las informó siempre, para lo que cualquiera de sus trabajos resulta apropiado, pues casi parece que Unamuno se hubiera propuesto, más que hacer filología, enseñar cómo hay que hacerla. El carácter fragmentario y asistemático de su obra lingüística desaparece, en efecto, si se la considera desde este ángulo, y

²⁵ El artículo de Ramiro de MAEZTU en desagravio de Unamuno fue publicado en *El Imparcial* de Madrid del 30 de agosto de 1901, cuatro días después del polémico discurso. Su texto completo ha sido provechosamente incorporado al tomo VI de las *Obras completas* de Unamuno, pp. 344-7, precisamente a continuación del discurso.

²⁶ Carta a Pedro de Mugica, Bilbao, 6 de mayo de 1890, *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno. Recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larrain* (Madrid: Ediciones Rodas, 2ª edición, 1972), p. 85. Estas cartas se editaron por primera vez en 1965 (Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag, S. A.), y constituyen un interesante y aún no aprovechado documento que completa el ya conocido *Epistolario a Clarín*.

toda ella se revela, podría decirse, como una enorme y matizada lección metodológica a propósito de la cual se allegan materias y ejemplos varios.

Preocupación constante suya fue situar el problema del origen y evolución del vasco en un plano estrictamente científico, incorporando a sus investigaciones las últimas conquistas de la lingüística europea, particularmente la alemana. El relieve que le concedió a las investigaciones fonéticas, por ejemplo, representó uno de los primeros aportes modernos que en el campo de las disciplinas del lenguaje se hicieron en España. “Nunca insistiré bastante en la importancia del estudio fonético”, decía ya a los veinte años en su tesis doctoral. “Es trabajo que si se le funda sobre bases seguras, puede conducirnos a precisos resultados. Yo tengo reunidos abundantes materiales, y aun determinadas importantes leyes fonéticas. Y no basta estudiar la eufonía puramente interna del eusquera, es decir, las leyes fonéticas que rigen sus variaciones dialectales; precisa estudiar también la que permítase llame eufonía interno externa, o sea, las condiciones fonéticas bajo las cuales pasa un vocablo de origen alienígena a enriquecer el léxico euscárico (...). No hay acaso medio más seguro de llegar a la unidad primitiva y homogénea del organismo lingüístico que la reducción a sistema de las variaciones dialectales”²⁷.

Este estudio científico de su lengua era para Unamuno el único camino que podía conducir a la resolución del problema sobre el origen del pueblo vasco. A falta de una literatura y un folklore propios, a nada sino al idioma se podía acudir para hurgar en el oscuro pasado de los vascos. La lingüística, pues, no era para él meta, sino método, una disciplina penúltima cuya importancia residía en ser un medio para alcanzar conocimientos más radicales, en particular el de nuestro propio espíritu. Su tesis doctoral, en este sentido, es más un trabajo de etnología que de lingüística. Lo que le importaba no era clasificar el vasco, ni menos aún limitarse a describirlo; en el foco de su mira estaba no la lengua vasca, sino el pueblo que la hablaba. Pero para llegar a la médula de éste había que valerse de aquélla, y ese trato debía ser riguroso. Doble lección, pues, y no poco provechosa para nuestro tiempo: de un lado, la necesidad de trabajar con rigor y método; del otro, la aspiración a una ciencia del lenguaje que no se agote en la mera descripción, advertencia más que pertinente para tantos que hoy, deslumbrados por las fáciles

²⁷ *Crítica del problema ... op. cit.*, p. 120.

tendencias formalistas, creen poder por el insatisfactorio camino de un estructuralismo intransitivo dar cabalmente cuenta del lenguaje.

PLURALIDAD DE ATENCIÓN

Bastante azarosa fue la determinación de la carrera académica de Unamuno. Luego de su fallida oposición a la Cátedra de Vasuence, habría de ser igualmente aventajado en las que hiciera a una de Sico-logía, Lógica y Ética, y más tarde, a otra de Metafísica. “Dado mi criterio de entonces en la materia, y dado, sobre todo, mi independencia de juicio que ya por aquella época era mi dote espiritual”, escribe algunos años después, “fracasé, y no pude sino fracasar, en ambas oposiciones”²⁸. Aprovechando entonces sus aficiones a lenguas, oposita a dos cátedras de latín; nuevamente, empero, fracasa. “Diciéndome los jueces que era yo el primero”, cuenta en carta a su amigo Mugica, “me han dejado sin nada. Tengo cartas en que me lo dicen”²⁹. Veintiséis años tenía a la fecha. Decide entonces concursar a una cátedra de griego, a la espera de lo cual pasa largos meses de preparación. “Mis estudios filológicos se limitan por ahora al griego clásico”, escribe a Mugica, “a cuyo estudio dedico unas cinco horas diarias porque estoy pendiente hace tiempo de unas oposiciones a lengua griega”³⁰. No deja de resultar sorprendente, sin embargo, enterarse de los propósitos que alentaba en los momentos mismos en que rendía las pruebas del concurso para proveer la Cátedra de Griego de la Universidad de Salamanca, cargo para el que sería finalmente propuesto por unanimidad. “Si saco plaza”, comunicaba entonces a Mugica, “verá usted cómo una vez seguro me dedico a la filología castellana”³¹. Lo cierto es que Unamuno se hizo un lugar en el griego tal como pudo habérselo hecho en otra parte. “Estudio griego no por el griego, [sino] para ganar una cátedra”³², le había confesado tiempo atrás. Y “puesto a elegir”, reconocerá años más tarde, “hubiese elegido sicología, economía política o lingüística hispano-latina, las tres ramas que más me atraen sin que deje de atraerme lo demás. Usted conoce mi horror a la especialización”³³.

²⁸ *Sobre la erudición y la crítica* (1905), *Ensayos*, I, p. 722.

²⁹ Carta a P. de Mugica, Bilbao, 6 de mayo de 1890, *op. cit.*, p. 85.

³⁰ Carta a P. de Mugica, Bilbao, 26 de noviembre de 1890, *op. cit.*, p. 119.

³¹ Carta a P. de Mugica, Madrid, 28 de mayo de 1891, *op. cit.*, p. 133.

³² Carta a P. de Mugica, Bilbao, sin fecha, h. fin. 1890, *op. cit.*, p. 117.

³³ Carta a P. de Mugica, Salamanca, 5 de noviembre de 1898, *op. cit.*, p. 248.

Desde el comienzo de su labor docente en Salamanca, Unamuno se siente poderosamente solicitado —si no distraído— por sus variados intereses, y su dedicación al griego aparece siempre marcada con el sello de una más o menos forzada fidelidad. Buenas intenciones lo animan luego de ser designado para el cargo. “Además de mis trabajos para esta obra”, escribe entonces, refiriéndose a su novela *Paz en la Guerra*, “traduzco griego, pues deseo, ya que oficialmente debo enseñarlo, hacerlo a conciencia”³⁴. Pero apenas dos semanas después debe ya reconocer sus primeros desvíos. “Estoy metido de hoz (hoci-co) en lo de la guerra”, dice, aludiendo a su novela, “y no sólo tengo abandonados mis estudios romanistas sino también los helénicos, que, dado mi cargo oficial, es más grave”³⁵.

Algunas menciones posteriores aclararán el carácter y las causas de esta tan profesional y desapegada ocupación, en particular el hecho de no haber sido Unamuno jamás tocado por el helenismo pagano: “Llevo nueve años explicando lengua y literatura griegas, apenas se hace en mi clase más que traducir y cada año nuevos textos, y casi nunca hago referencias a lo helénico ni acudo a Pan o Afrodite. Acaso consista en que a mí la naturaleza me parece cristiana y no pagana”³⁶. Resulta inevitable señalar aquí una limitación en Unamuno, imputable en buena parte quizás a una experiencia escolar en las disciplinas clásicas en contra de cuyos vicios y defectos habló en más de una ocasión.

Particularmente demoledora, en este sentido, resulta la crítica que hace de sus primeros cursos de latín en el Instituto de Vizcaya, crítica cuya vigencia actual quisiéramos no tener que reconocer: “Me apliqué al latín con ilusión, pero me venció pronto el cansancio. Los primeros días de la novedad de *rosa*, *rosae*, y sobre todo del genitivo del plural, que es el caso más sonoro, me sedujo; mas luego, perdido el deleite de la iniciación, y no logrando traducir ni aun la *misa*, aquellas interminables listas y aquellas tablas de conjugación me enardecieron el alma (...). Las listas de verbos irregulares eran mi mayor tormento. Nos las hacían aprender de memoria, que es algo así como aprenderse la tabla de logaritmos sin saber manejarla. Empeñábanse en enseñarnos en dos menguados cursos muchas cosas útiles cuando se escribía en latín, mas no hoy en que el interés es

³⁴ Carta a P. de Mugica, Bilbao, 27 de julio de 1891, *op. cit.*, p. 136.

³⁵ Carta a P. de Mugica, Bilbao, 12 de agosto de 1891, *op. cit.* p. 137.

³⁶ Citado por B. G. de CANDAMO, *Unamuno en sus cartas. Introducción a Unamuno, Ensayos*, II (Madrid: Aguilar, 1951, 3ª edición), p. 36. Infortunadamente los fragmentos recogidos en esta antología epistolar traen una muy general mención de fecha para todos —1900 a 1905— y ninguna de destinatario.

traducir de latín a castellano y no de castellano a latín. Perdí un hermoso tiempo y empecé a consumir la frescura de mi seso. La modestad es alegre, y sin embargo, mi recuerdo de aquella aula, de aquel alto anciano vestido de negro, de aquel cartel y aquellos verbos irregulares, es un recuerdo triste”³⁷. Y luego añade: “El segundo curso de latín fue mucho más duro y árido que el primero. ¡Cuánto me hizo sufrir aquello de ‘primero el sujeto con todas sus dependencias, luego el verbo con los adverbios si los tiene’, etc., etc.! ¡Qué hermosas tardes perdí revolviendo aquel tomazo del Diccionario de Raimundo de Miguel y perdiendo en él mi vista! (...). Por cada voz latina daba el librote cuatro, seis, diez o doce términos castellanos a granel, sin orden genético ni lógico, sin explicación”³⁸.

Pero sea cual fuere la razón de la mezquina presencia de lo griego en su obra, constituye ello un hecho que no puede menos que extrañar a quien sabe del ‘cargo oficial’ de toda su vida; es notable que ninguno, en rigor, de entre sus innumerables ensayos se proponga como objetivo principal la consideración de algún tema de la cultura clásica. Poco encontraba —o quería encontrar— de enjundia en la literatura griega. Fuera de una no demasiado entusiasta simpatía por Homero y Platón³⁹, nada que se parezca a pasión por la Antigüedad clásica se refleja en sus escritos. Es él mismo quien se encarga años más tarde de dar la clave de este largo desafecto: “Llevo ya veinticuatro años en trato con los antiguos genios de la Grecia, oyendo la voz de su sabiduría; llevo más de veinte explicándolos en la cátedra. Me inquietan, me serenán, me apaciguan; cada vez creo comprenderlos mejor, pero no me satisfacen”⁴⁰.

Pero si azarosa fue la determinación del griego como espacio cultural en que toma residencia profesional Unamuno, no puede decirse que por casualidad la haya tomado dentro del marco de la filología y la lingüística. Insistamos aquí en que su ‘vocación de filólogo’ —*no-biliore sensu*— es tan temprana como sostenida: de niño lo deslumbró la palabra; de adulto con amor maduro la amó. Gustaba de las referencias al valor etimológico de los términos, pero no como tan-

³⁷ *Recuerdos de niñez...*, p. 82.

³⁸ *Idem.* p. 87. Sus reparos a la deficiente metodología del latín se hallan también recogidos en *La enseñanza del latín en España* (1894), *Ensayos*, I, *passim*.

³⁹ Cf., v. gr., *Recuerdos de niñez...*, pp. 126-7; también *La Grecia de Carrillo, Contra esto y aquello* (1912), *Ensayos*, II, p. 1046. Un índice significativo de esta preferencia suya lo constituye el encargo de sendos bustos del poeta y del filósofo griegos que hace a Alemania; véase para ello su carta a P. de Mugica, Salamanca, sin fecha (gh. fin. 1891[?]), *op cit.*, pp. 143-4.

⁴⁰ *La Grecia de Carrillo...*, *op. cit.*, p. 1051.

tos que con ello no agregan nada que colabore y se imbrique con el resto del discurso; no se trata en él de menciones pegadizas y pedantescamente docentes, sino siempre motivadas y radicalmente enarrazadas con la materia de que trata. En el hurgamiento de la palabra en su historia encontraba siempre el rastro caliente del espíritu humano, la memoria viva del hombre; sabía leer en la tierra de aluvión de la lengua con infrecuente perspicacia; las palabras le hablaban a él más que a otros. Amó el verbo también en el apogeo de la poesía, donde incurrió con más calor que genio. Traductor de oficio, además, abrió con generosidad las puertas del español a otras lenguas y valoró sin remilgos ni estrecheces el aporte enriquecedor del neologismo. En su serio amor por la palabra, en fin, supo también con ella jugar. No fue, pues, filólogo por casualidad.

LA LENGUA ESPAÑOLA

El año 1903, rector ya de la Universidad de Salamanca, ve finalmente realizada Unamuno una larga aspiración suya, como es la de servir una cátedra en que se estudie el proceso de formación de la lengua en que se piensa: el español. Desde sus primeros escritos venía insistiendo en lo absurdo de que en las universidades españolas existieran cursos de latín, francés, griego, hebreo, árabe, sánscrito, y sin embargo faltara uno de historia del castellano. Mientras así se dieron las cosas, él propugnó que, a falta de una cátedra *ad hoc*, este ancho vacío fuese llenado por los cursos de latín, que debían enderezarse más al conocimiento científico de la génesis de nuestra propia lengua que al nunca bien conseguido objetivo de leer a los clásicos⁴¹. Pero en 1898, por fin, y como parte de una reforma educacional más amplia, se crean en las universidades cátedras de Lingüística comparada de latín y castellano. “Pienso quedarme aquí [en Salamanca] con esa cátedra sin perjuicio de acudir a las oposiciones de la de Madrid”, comunica entonces a Mugica, y agrega luego: “Por fin acabaré en una cátedra acomodada a mis aficiones”⁴². La de Madrid quedaría al cabo en manos de Ramón Menéndez Pidal y Unamuno ocuparía la de Salamanca. Es desde entonces que comienza entre ambos una larga amistad y un fructuoso intercambio de información y pareceres.

⁴¹ Cf. *La enseñanza del latín...*, *op. cit.*, *passim*.

⁴² Carta a P. de Mugica, Salamanca, 5 de noviembre de 1898, *op. cit.*, p. 248.

Por esos años, en 1904 exactamente, publica Menéndez Pidal su *Manual de gramática histórica española*, texto del que desde un comienzo se sirve Unamuno en su nueva cátedra. Al margen de las páginas de sus sucesivas ediciones, fue curso a curso registrando a lápiz las observaciones que su lectura le sugería; años más tarde, en 1925, con ocasión de la publicación de una miscelánea en homenaje a Menéndez Pidal, entregó Unamuno como colaboración un breve trabajo que reunía precisamente esas observaciones. Estas *Notas marginales* al *Manual* de Menéndez Pidal, pues, aunque artículo de circunstancia, recogen el fruto maduro de un largo período de reflexión y constituyen un documento particularmente representativo de la doctrina lingüística de Unamuno⁴³. “Estas notas”, advierte allí, “apenas se refieren a fenómenos estrictamente fonéticos (...). La fisiología o física de la lengua, su gramática, en un sentido etimológico restringido —de *gramma*, letra—, me ha interesado siempre mucho menos que su historia propiamente dicha, que su *pneumática* —de *pneuma*, espíritu—. Que aquí, como en otro campo, la letra mata y el espíritu vivifica (...). Y la lingüística es más una ciencia histórica que no física, y menos matemática”⁴⁴.

Al recoger estas notas, pues, Unamuno tiene el propósito de mostrar una cierta divergencia en la valoración de los factores que fundan la vida del lenguaje. Una serie de cambios que Menéndez Pidal considera hechos meramente fonéticos, son verosíblemente interpretados por Unamuno como fenómenos motivados espiritualmente. Es el caso, por ejemplo, del verbo *entregar*, del latín *integrare*, donde mientras Menéndez Pidal ve una metátesis sencilla⁴⁵, Unamuno estima que se trata más bien de un caso de analogía, de adaptación orgánica, de homogeneización, debida aquí al prefijo *entre*—. “Los casos de metátesis”, señala Unamuno, “rara vez me parecen de origen fonético. El que el pueblo diga *catredal* por catedral, ha de deberse a *catre*, aunque el *catre* y *catedral* no tengan, que yo sepa, nada en común (...). La gente dice *dentrífico*, por dentífrico, y ello se debe, sin duda, a los terminados en *-fico* (benéfico, prolífico, magnífico, etc.), y luego echaron la *r* al diente”⁴⁶.

⁴³ *Notas marginales* (1925), *Obras completas*, VI, pp. 1023-31. En la advertencia preliminar de una edición posterior —la sexta— de su *Manual de gramática histórica española*, MENÉNDEZ PIDAL señalará: “He utilizado (...) las *Notas marginales* (...) por el rector de Salamanca M. de Unamuno”.

⁴⁴ *Idem*, p. 1023.

⁴⁵ Cf. Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *Manual de gramática histórica española* (Madrid: Espasa-Calpe, S. A., 1962, 11ª edición), párrafos 64 y 67, 2.

⁴⁶ *Notas marginales*, op. cit., p. 1026.

No se le escapa a Unamuno que estas explicaciones analógicas de algunos cambios fonéticos difícilmente pueden, por la índole misma del fenómeno de la analogía, apoyarse documentalmente; pero para él la filología no debe limitarse estrechamente a lo seguro y probado. "Ya sé yo que el camino que gusto de preferencia recorrer es más aventurado e hipotético, pero se presta mejor a la índole de mi ingenio, retuso a reglas físicas y lógicas, y propenso a excepciones históricas y estéticas. Es cuestión de método, y el imaginativo es método"⁴⁷. Un método riesgoso, diría un filólogo conservador; pero aquí bien puede traerse en respaldo de la labor de Unamuno la voz —autorizada como ninguna— del mismo Menéndez Pidal, quien, haciendo en 1951 algunos recuerdos de su largo trato con él, lamenta que jamás cumpliera su tan anunciado propósito de escribir una Historia de la lengua castellana⁴⁸. "El hubiera dicho mucho bueno, a pesar de su espíritu imaginativo, rebelde a todo método riguroso"⁴⁹. En este breve juicio se resumen las afinidades y diferencias entre ambos: si de un lado los separaba el modo de trabajar, del otro los aunaba la intención. Al igual que Unamuno, Menéndez Pidal consideró siempre que los cambios lingüísticos eran algo más que el producto del mero juego interno del sistema, abogando así por una concepción más compleja y humana del lenguaje que la de algunos epígonos del estructuralismo.

Hay entre estas *Notas marginales* a Menéndez Pidal una anécdota que Unamuno se complace en relatar y que, por lo significativa de su proclividad y lo reveladora de su instinto, vale la pena reproducir aquí: "Recuerdo que al ir a subir a Peñalara con unos amigos" nos cuenta, "uno de éstos preguntó dónde estaban los mochales, y al preguntarle yo qué eran éstos, me dijo: 'Pues no lo sé, y le juro a usted, don Miguel, que es la primera vez que sale de mi boca esa palabra, que no recuerdo haberla oído nunca y no sé de dónde la he sacado'. Y le dije: 'Pues yo, sí. Usted quiso decir *morrales* o *mochilas*, y le salió mochales'"⁵⁰. Estos eran los hechos de lengua que más

⁴⁷ *Idem*, p. 1029.

⁴⁸ A la diligencia de Manuel GARCÍA BLANCO debemos que este tratado, aunque inconcluso, haya salido del reducto inaccesible del ejemplar único de que se disponía: el manuscrito autógrafo. Esta *Vida del romance castellano. Historia de la lengua española. Ensayo de biología lingüística. Introducción a la filología* —título cuádruple que el propio Unamuno le diera—, fue incorporada al tomo VI de sus *Obras completas*, pp. 961-1014.

⁴⁹ Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *Recuerdos referentes a Unamuno* (1951), *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Salamanca, 1951, II, p. 8.

⁵⁰ *Notas marginales, op. cit.*, p. 1027.

atraían la observación de Unamuno: hechos en que se aprecia fresco y reciente el rastro del espíritu del hombre. Su mente era particularmente sensible a los fenómenos de esta clase; da la impresión de que estaba permanentemente al acecho de ellos, siempre alerta para saltar sobre su presa.

La tradición que Unamuno persigue recoger en el estudio del lenguaje es más la intrahistórica que la histórica, es la "tradición eterna", la sustancia de la historia. Por ello es que privilegia en sus investigaciones al instrumento, la lengua, frente al mensaje y al contenido. Le interesa la lengua española como registro de la experiencia de su pueblo, como sedimento de su pensar y sentir, pues "en los hondos repliegues de sus metáforas ha ido dejando sus huellas el espíritu colectivo del pueblo, como en los terrenos geológicos el proceso de la fauna viva"⁵¹. La verdadera tradición, por tanto, alienta en el fondo del presente mismo, como aluvión depositado al paso del tiempo. Por eso es que los escritos conscientes que el pasado nos ha legado no son capaces de transmitirnos lo que sí nos revela la lengua viva, que es donde están grabadas las verdades eternas de la esencia eterna. En la lengua heredada y no en los textos de la sabiduría de nuestros mayores, pues, es donde Unamuno intenta descifrar el enigma del espíritu humano y descubrir las leyes últimas de lo que existe, las fórmulas de la eternidad viva. Es por ello que Unamuno es más lingüista que filólogo.

EL LLAMADO DE LA ESFINGE

Con todo, quizás lo más propio sea decir que, más que vocación de lingüista, lo de Unamuno fue una permanente y espontánea preocupación lingüística, una particular sensibilidad ante el fenómeno del lenguaje, un constante asombrarse frente al misterio del empalme de la palabra con el espíritu. Pero su verdadera y genuina vocación no fue la lingüística, para cuyo cultivo le sobraba el genio, pero no así la paciencia. Su afición por los asuntos lingüísticos se enmarcaba más en una suerte de divagar filosófico-científico que en los cauces estrictos de disciplinas que ya tenían bastante bien definidos sus métodos y objetivos.

El continuo llamado que Unamuno hace al rigor y al respeto por los hechos, a la parsimonia y a saber esperar que los datos se orde-

⁵¹ *La casta histórica* (1895), I, *En torno al casticismo*, op. cit., p. 51.

nen y den a luz la ley en parto no urgido, no es en el fondo sino una incitación a sí mismo, el acicate autoinfligido de quien se sabía dominado por un vigoroso instinto metafísico, una tendencia quizás excesiva a las generalizaciones y abstracciones ⁵².

Hay en Unamuno una marcada ambivalencia, pues, entre imaginación y lógica, y su amor por la palabra tiene esa misma doble faz. Muchas veces le aconsejaron concentrar sus facultades y entregarse a producir una obra definitiva, sustentadora de su nombre. Lo tentaba a ratos la idea, y en más de una ocasión comunicó a sus corresponsales sus propósitos de trabajar en una obra de gran envergadura ⁵³, pero al final lo venció siempre su natural. "Siembro según marchó, a voleo y al azar de mi marcha", se caracteriza en una de sus cartas. "Ese modo de hacer algo suelto, lírico, sin encadene recio y firme, es lo que mejor me cuadra" ⁵⁴.

Sentía un gran desaliento cuando recibía elogios por sus obras de compromiso, aquellas en que sólo había puesto en actividad su mente, en las que más que creador había sido meramente mercader de ideas: "Entristece oír que nos celebren lo menos nuestro, tomándonos así de arca de conocimientos y no de espíritus vivos, como apena que delante de nuestros hijos naturales, de las flores de nuestro espíritu todo, nos alaben a los adoptivos, a las meras excreciones de la mente. Hay elogios que desalientan. Por mi parte, cuando amigos oficiosos me aconsejan que *haga* lingüística y concrete mi labor, es cuando con mayor ahínco me pongo a repasar mis pobres poesías, a verter en ellas mi preciosa libertad, la dulce inconcreción de mi espíritu" ⁵⁵. Prefería con mucho las épocas de creación a las de crítica; en éstas, pensaba, los eruditos —esa pobre raza nacida "con el escalpelo bajo el sobaco" ⁵⁶— se dedicaban a hacer inventarios y a discutir sobre lo que quisieron decir otros sin querer ellos decir nada. No podía mirar con simpatía que a los veinte años un joven saliera con un trabajo crítico en vez de salir con un tomo de poesías. El, por su parte, prefería hacer la historia, no escribirla ⁵⁷.

No aspiraba, pues, a hacerse el crédito de filólogo ni le atraía pasar por sabio; sabiamente, empero, reconocía el valor de tener una

⁵² Cf. carta a P. de Mugica, Salamanca, 5 de abril de 1892, *op. cit.*, p. 152

⁵³ Cf. carta a P. de Mugica, Bilbao, 29 de abril de 1890, *op. cit.*, p. 81.

⁵⁴ Citado por B. G. de CANDAMO, *op. cit.*, pp. 43-4.

⁵⁵ *La ideocracia, Ensayos*, I, p. 251.

⁵⁶ *Sobre la erudición...*, *op. cit.*, p. 730.

⁵⁷ Cf. carta a P. de Mugica, Salamanca, 15 de junio de 1905, *op. cit.*, p. 310.

especialidad dentro de la generalidad⁵⁸. Y, además de estar convencido del valor y virtualidad de la ciencia, sentía hacia ella una viva atracción, por más que en definitiva nunca recibiera de su cultivo la satisfacción que buscaba: satisfacción metafísica. No tenía paciencia ni resistencia para pasarse la vida en los estrechos límites de investigaciones penúltimas; su perseverancia era máxima en la persecución de la verdad, pero la ciencia iba demasiado lento para su urgencia; por eso la tomaba sólo como una distracción, como un ejercicio, "como narcótico, un opio para ahogar los dolores del ansia de eternidad efectiva"⁵⁹, sin poner en ella jamás todo su corazón.

Cuando joven, especialmente, esperó mucho de la ciencia; no sólo la seguridad de un mundo estable, sino la respuesta misma al enigma de la vida. Había en él una especie de fetichismo de la fórmula, que lo habría de acompañar, transfigurado, toda la vida, y que representa una importante clave 'estilística' para la comprensión de su obra en general y de la filológico-lingüística en particular. A los catorce años, cuando cursaba su cuarto curso de bachillerato, tomó contacto con la obra del filósofo catalán Balmes, cuyas "fórmulas matemáticas" lo encantaron, según dirá años más tarde. "Tomaba yo entonces por comprensión del fenómeno lo que era exactitud de fórmula, sin comprender todavía que es locura querer encerrar en ecuaciones la infinita complejidad del mundo vivo"⁶⁰. Simpatizó siempre, sin embargo, con el "gigantesco esfuerzo de Hegel, el último titán, para escalar el cielo". "¡Qué hermoso", agrega, "fue aquel trabajo hercúleo por encerrar el mundo todo en fórmulas vivas, por escribir el álgebra del Universo!"⁶¹. En este contexto de búsqueda descifradora, de dar con la clave del misterio, si es posible con la fórmula, es donde hay que entender también su doctrina ontológica del fondo sustancial de *En torno al casticismo*, y de su novela *Paz en la guerra*.

En sus trabajos sobre cuestiones de lenguaje está asimismo siempre presente esa intención de trascendencia, de ir más allá, con apetito jamás satisfecho. No iba con él escribir catálogos *more tudesco*, donde los hechos eran meramente enumerados, sino que en todo momento buscaba en la materia de los datos un principio ordenador; los grados unitarios de la realidad eran incansablemente exigidos por él para que, concertándose, hablaran. En no ser, pues, un mero aco-

⁵⁸ Cf. carta a P. de Mugica, Salamanca, 23 de enero de 1900, *op. cit.*, p. 269.

⁵⁹ Carta a Miguel Gayarre, Salamanca, 27 de septiembre de 1900, *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*. . . , p. 273.

⁶⁰ *Recuerdos de niñez*. . . , p. 106.

⁶¹ *La tradición eterna* (1895), II, *En torno al casticismo, Ensayos*, I, p. 33.

piador de noticias, en su persistente intento por saltar de lo meramente concreto fenoménico a lo categorial, es donde radica su verdadero sentido científico. Los frecuentes comentarios bibliográficos que hace con su amigo Mugica testimonian su muy clara preferencia por los libros de ciencia que poseen precisamente esa virtud: “Lo que me importa son buenos tratados de fonética fisiológica (...) que me permitan ordenar el caudal de datos. ¡Nada de amontonamientos! Orden, orden, orden”⁶². Prefería un libro plagado de errores de detalle, pero con alma, con vigor teórico, con aliento filosófico, a uno irreprochable, pero sin ellos. Una insaciable avidez de la ley se observa en sus escritos filológicos, y cuando da con ella, muchas veces sigue *plus ultra* con su hurgamiento, buscando la ley de la ley por los caminos de la filosofía.

Por ese buscar más allá es que Unamuno sobró los lindes para él estrechos de la lingüística. “La lingüística, como toda ciencia, no es para mí más que un medio”, escribe en su temprana madurez, filiándose con ello a lo mejor de la doctrina lingüística tradicional. “Tras la ciencia está la filosofía, la ciencia general, la biología en su sentido más lato”⁶³. Ciencia que no tendiera a filosofía no merecía su atención. La lingüística, por tanto, debía estudiar su objeto en solidaridad y colaboración con las demás disciplinas, pues el fin de todas era comprender y sentir mejor la vida en general. Un mérito muy principal de sus escritos sobre lenguaje reside justamente en que constituyen una muestra ejemplar de un modo de hacer lingüística que no consiente solución de continuidad entre el trabajo menudo, de microscopio, y ese otro, el teórico, el poético, el trascendente, el imaginativo, el que busca las esencias operantes. “Me llamaba, ya desde muy mozo, la Esfinge, en cuyos brazos espero morir”⁶⁴, escribe recordando la juvenil fascinación que suscitó en él su primer curso de psicología cuando muchacho. La Esfinge, la que propone enigmas a los hombres, era voz que llamaba a Unamuno; su vocación era llamamiento a resolver el enigma de los enigmas, el misterio del espíritu humano. Por eso es que su inquietud de conocimiento no se saciaba con las primeras respuestas; por eso es que el predio de la lingüística resultaba demasiado estrecho para la envergadura de sus alas.

⁶² Carta a P. de Mugica, Salamanca, 13 de febrero de 1899, *op. cit.*, p. 259.

⁶³ Carta a P. de Mugica, Salamanca, 6 de febrero de 1899, *op. cit.*, p. 257.

⁶⁴ *Recuerdos de niñez...*, p. 98.

SU MAGISTERIO PERMANENTE

Unamuno, en suma, se ocupó de los problemas lingüísticos con el único estilo que lo distinguió en el resto de su producción, esto es, cordialmente y transitando en un ágil y tenso ir y venir desde los problemas menudos a los esenciales. Porque su comprensión fue honda es que supo remitir constantemente a ámbitos de mayor significación humana los pequeños hechos de la vida de la lengua.

Su magisterio, pues, tiene la permanencia que él hubiera querido encontrar para sí, ya que con rara vigencia y oportunidad nos alerta aún hoy contra el riesgo de perdernos en averiguaciones intransitivas y nos empuja a henchir nuestro trabajo de aliento filosófico.

UNIVERSIDAD DE CHILE